Una lectura porteña e italianizante sobre la construcción de la nacionalidad en Argentina

Por Carlos M. TUR DONATTI*

EN ESTOS DÍAS EN QUE SE ENCONA EL DEBATE sobre la globalización y las funciones de los Estados nacionales, cuando en el conflictivo panorama sudamericano pareciera que Argentina remonta su crisis económica y encarrila nuevamente su vida política, llega a nuestras manos un valioso texto sobre la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX.

La crisis generalizada que estalló en dicho país en diciembre de 2001, y significó un durísimo golpe al modelo neoliberal-globalizante y a la precaria institucionalidad democrática, ha estado antecedida por una extendida indagación y polémica sobre las raíces multiétnicas de la población y las políticas estatales que contribuyeron a formar la identidad nacional argentina.

Parece que el debilitamiento del Estado y de las ideologías nacionalistas que lo legitimaban, y su relativa sustitución por el caudillismo de los gobernadores provinciales, han puesto en cuestión y fragilizado una identidad nacional que en la primera mitad del siglo XX se proyectaba como un modelo a seguir en diversos países de América Latina.

En este ambiente de disolución dolorosa, polémicas y propuestas inéditas aparece el novedoso libro de Lilia Ana Bertoni *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*,¹ como un aporte más a la sólida serie de obras históricas que publica en Buenos Aires esa prestigiosa trasnacional mexicana en que se ha convertido el Fondo de Cultura Económica.

El libro de Bertoni resulta el fruto de una acuciosa investigación sobre fuentes primarias, la mejor bibliografía reciente y la utilización de actualizados enfoques teóricos sobre la problemática de la construcción de la nacionalidad, en la que la obra de José Carlos Chiaramonte ha significado una contribución precursora en años recientes. Las dos últimas décadas del siglo XIX eran tradicionalmente consideradas en

* Profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México. Agradezco la colaboración de Carlos Andrés Aguirre Álvarez.

¹ Buenos Aires, FCE, 2001.

Argentina como carentes de dichas inquietudes y plenamente subordinadas a las novedades culturales europeas. Los diversos campos simbólicos hasta ahora explorados ignoraban los sustanciosos y enconados debates y propuestas de cómo construir la nacionalidad en las décadas consideradas, y daban por sentado que esta problemática comenzó a debatirse en torno a 1910, fecha en la que se celebró el primer centenario de la independencia.

Nuestra historiadora demuestra, al contrario, con abundantes evidencias basadas en documentación de la época, que ya en 1900 se habían deslindado dos grandes corrientes para promover la nacionalidad: la liberal-cosmopolita y la cultural-romántica, con una variante menor dependiente de la segunda. Define además la maniobra ideológico-política de dos jóvenes escritores, Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, y del veterano José María Ramos Mejía, en tomo al centenario de la independencia, consistente en ignorar los profusos antecedentes y en presentar sus propuestas como novedosas, y muy sugestivamente volcadas hacia la orientación cultural-romántica. La mencionada maniobra ideológico-política habría de tener un éxito contundente y una generalizada aceptación hasta nuestros días, cuando, en realidad, la preocupación por la construcción de la nacionalidad fue un proceso de décadas, que “crece con el movimiento romántico de 1830 y se mezcla luego con la construcción del Estado nacional”.²

Puesta dicha problemática en esta perspectiva de largo aliento, queda totalmente invalidada la pretensión de la corriente cultural-romántica de monopolizar el interés por “lo nacional”, maniobra estratégica iniciada por los mencionados Rojas, Gálvez y Ramos Mejía, negadora de dicha preocupación en la tendencia antagónica; orientaciones ambas que, sostenemos, se constituirán en las décadas siguientes en los campos enfrentados en la cultura y la política *dominantes* en Argentina.

A la concepción cultural-romántica de la nacionalidad, la autora la define adecuadamente como esencialista, defensiva y excluyente.³ Y en sus conclusiones, afirma que es la que al final resultó hegemónica. Esta apreciación, por su importancia estratégica para comprender la cultura y la política argentinas en el siglo xx, no puede ser plenamente compartida. Aunque no cabe duda de que la intención última de dicha corriente fuera la de ofrecer “una unidad ideal [que] brindaba un punto

¹ *Ibid.*, 2001, p. 9.

² *Ibid.*, p. 316. Para una mayor profundización de este punto véase Carlos M. Tur Donatti, “La utopía del regreso y la estética de la barbarie: Vasconcelos, Riva Agüero y los nacionalistas argentinos”, *Cuadernos Americanos*, núm. 77 (1999), pp. 167-176.

firme, una deseada estabilidad frente al cambiante mundo social”,⁴ como sostiene la autora en las líneas finales de su texto.

Al afirmar que resultó la más exitosa—o la completa vencedora en la confrontación— se niegan implícitamente dos procesos claves para entender Argentina en el siglo pasado. El primero es que ambas concepciones son producto de la cultura y la política *dominantes*, dos vertientes del poder criollo de la época, pero ¿qué opiniones tenían sobre la construcción de la nacionalidad, por ejemplo, las distintas corrientes del anarquismo y el socialismo?

La segunda negación quizás sea más grave. La cultura y la política de la Argentina en el siglo xx pueden en realidad comprenderse como una intrincada y apasionante confrontación-confluencia entre las dos concepciones *dominantes* de la nacionalidad. Por lo menos hasta décadas recientes, estas dos corrientes político-culturales con disímiles propuestas para el poder y amplios campos simbólicos, se disputaron permanentemente la hegemonía sobre los sectores *dominantes* y las clases subordinadas.

En la primera mitad del siglo xx argentino, en los ámbitos de la militancia política y la creación artística, chocaron el liberalismo democrático de los radicales con el autoritarismo conservador de los nacionalistas-románticos; las obras cosmopolitas y vanguardistas de Jorge Luis Borges con el arcaísmo provinciano y nostálgico de Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast); el neoclasicismo francés o el funcionalismo rupturista con el neocolonial en arquitectura. Es más, los intelectuales nacionalistas-románticos, muy conscientes del peso de la versión liberal del pasado argentino y resueltos a divulgar su propia lectura *revisionista*, inauguraron su anti-Academia en 1941, con el nada ambiguo nombre de *Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*.⁵

Otra observación que se desprende de una lectura atenta de la obra que comentamos, que no desmerece su oficio ni originalidad, es que continúa una tradición centralista en la historiografía argentina. Todo se observa desde la capital política, Buenos Aires y, en el caso de nuestra historiadora, los problemas que planteaba la inmigración masiva se indagan *sólo* referidos al contingente italiano.

Una vez adoptada, quizás inconscientemente, dicha atalaya privilegiada y ver restringido el interés a los inmigrantes italianos, se nos ocurren

⁴ *Ibid.*, p. 316.

⁵ Carlos M. Tur Donatti, “La utopía criolla en el siglo xx: cultura y política del nacionalismo restaurador en Argentina”, *Revista de Ciencias Sociales* (Universidad de Puerto Rico, Río Piedras), vol. xxx, núms. 3 y 4 (1995).

otros interrogantes: ¿no se discutían las cuestiones referidas a la construcción de la nacionalidad en Córdoba, Corrientes, Salta, Mendoza? Porque el debate sobre la “lengua nacional” no se agotó seguramente con la decisión de castellanizar a los inmigrantes europeos mediante la escuela pública. Si la Argentina de 1890 era multilingüe, no lo era sólo porque los inmigrantes trasatlánticos conservaran sus lenguas o dialectos originarios: también en el noreste del territorio argentino se hablaba masivamente guaraní y el quechua era común en el noroeste, al punto de llegar hasta Santiago del Estero. ¿Estas poblaciones eran mono o bilingües? Y en cualquier caso ¿cómo se implantó la exclusividad del castellano y se consiguió que se identificaran como *argentinas*?

La objeción a la autora no es en realidad menor: al no delimitar con toda claridad su campo de estudio, los lectores pueden llevarse la impresión de que esta mirada porteña e italianizante abarcaba a todas las regiones y etnias del país. Para contr buir a superar dicha visión centralista y dominante, la obra de Lilia Ana Bertoni en realidad desafía a los historiadores correntinos, salteños y cuyanos a indagar cómo las élites provincianas encararon los desafíos de construir la nacionalidad en otros contextos geográficos, demográficos y culturales.

En las provincias del noreste, centro-oeste y noroeste en las dos últimas décadas del siglo XIX, la influencia de la inmigración europea fue diferenciada, pero en general mucho menor que en las provincias pampeanas, y las autoridades provinciales se fueron encontrando con otros inmigrantes cuyos contingentes iban a crecer más adelante: paraguayos, chilenos y bolivianos. La diversidad de las raíces étnicas de la actual población argentina no se explica solamente por los contingentes europeos que desembarcaron en el puerto de Buenos Aires.

Suponiendo que los investigadores provincianos recogerán el guante que les arroja nuestra historiadora ítalo-porteña, ellos podrán incorporar algunas variables de análisis que no aparecen en el texto de Bertoni, ¿cómo encararon el problema de *nacionalizar* a la población rural guaraní o aymara y quechua hablantes las élites paraguayas y bolivianas? En el caso cuyano, la exitosa construcción temprana del Estado chileno ¿no habrá despertado inquietud, polémicas e iniciativas entre los intelectuales y políticos? Es más, puede anticiparse que los futuros historiadores provincianos se encontrarán en dichos países limítrofes con otras variantes de los dos nacionalismos básicos que define Bertoni, *que para nada son exclusividad del proceso argentino*.⁶

⁶ Carlos M. Tur Donatti, “El despertar de los nacionalismos en la cultura peruana”, en Ricardo Melgar Bao y María Teresa Bosque Lastra, comps., *Perú contemporáneo. el*

Es pertinente recordar que estos problemas no son ajenos a la tradición intelectual argentina, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre y Juan Bautista Alberdi, entre otros exiliados de su generación, conocían por experiencia directa, los problemas de la construcción de la nacionalidad en Chile y Bolivia. Se podría agregar que, para la época que estudia nuestra historiadora, los grandes diarios de Buenos Aires reproducían un notable volumen de información sobre los países sudamericanos, quizás convencidos sus directivos de la viabilidad de aquella delirante idea de Emilio Mitre de convertir Argentina en un *polo latino* que balanceara el expansionismo norteamericano. Al contrario, los procesos de construcción de las nacionalidades europeas a los que hace referencia Bertoni —el alemán y el italiano, en especial— se conocían en formas más indirectas por los diarios, algunos libros y viajes de la élite de la época.

A lo largo de América Latina se manifiesta en estos años un creciente interés por indagar las raíces étnicas, las evoluciones regionales y la construcción de los Estados-naciones; en esta línea de preocupaciones, la obra que comentamos puede servir de estímulo indirecto para emprender otras lecturas que ofrezcan en el futuro una comprensión más diversa y descentralizada, realmente nacional del pasado argentino. Así podemos afirmar que el libro de Bertoni incita a nuevos interrogantes e investigaciones, abre inéditos horizontes y, simultáneamente, rectifica en forma definitiva, con el peso del buen oficio, la comprensión de una problemática y una época claves, antes ocultadas por la bruma de las ideologías en pugna.